BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

LA EDAD DE LA JUVENTUD

— La juventud y sus problemas
— La pureza
— Las relaciones
— El matrimonio

Mira bien donde pones el pie,
y sean rectos todos tus caminos.
(Prov. 4, 26)

(3.ª edición)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla.

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7770-073-7
Depósito legal: M. 22.400-2000
Printed in Spain
Impreso en España por:
Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)
Herreros, 42. Políg. Ind. Los Ángeles
GETAFE (Madrid)

EL PORQUÉ DE ESTE LIBRO

Este libro, que he procurado fundamentar en la Biblia y doctrina de los Santos Padres y de la Iglesia, lo he escrito para vosotros jóvenes de ambos sexos. Meditad sus pensamientos, que vienen a ser unos consejos paternales, consejos de amigo que quiere solamente vuestro bien y moveros a hacer fecunda la edad de vuestra vida.

¡Juventud es primavera,
que pasa y no vuelve más!
Sus espigas al troncharse
nunca vuelven a granar.
Al marchitarse sus flores,
ya no florecen más.

La juventud es la edad más hermosa. Su aspecto físico nos da la impresión de primavera. En los jóvenes la vida está en ebullición. Se ve llena de ideales y es arrebatada por el misterio del porvenir, no interesándole el ayer, sino el mañana...

La juventud es también la edad más difícil, porque es la edad de las pasiones, y éstas son difíciles de regir y soportar...

La juventud es simpática, atractiva y hermosa;

pero, ante los peligros que la acechan, los jóvenes deben vivir muy alerta para no verla marchitar antes de tiempo.

¡Jóvenes! Atended a mis consejos, para hacer fecunda la edad de vuestra vida, que pasa y no vuelve más.

Benjamín MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora; 15 noviembre 1987

EL CAMINO DE LA JUVENTUD

Hay un proverbio que dice: «*La senda por la cual comenzó el joven a andar desde el principio, esa misma seguirá también cuando viejo*», y por esto insiste el Sabio, el que instruya al niño en su camino, porque aun de viejo no se apartará de él (Prov. 22, 6).

El camino de la juventud, o sea, la vida que llevan los jóvenes, atendiendo a su vaga instabilidad por efecto de su ardor y de su irreflexión, es un camino tortuoso e indefinible, no pudiendo decir que será mañana un joven que hoy parece virtuoso, y más si no tiene un verdadero consejero que lo instruya y oriente.

San Ambrosio nos describe así la juventud:

«La juventud se halla sin fuerza y sin vigor, si no tiene sostén, siendo débil en sus consejos; pero es más débil aún de espíritu, de inteligencia y de voluntad que de cuerpo...»

«El fuego de las pasiones nacientes persigue a la juventud, las advertencias la enojan, la cansan y la fastidian; ama los placeres, está inflamada por el hervor de la sangre y de la concupiscencia», cuyos gérmenes todos tratan de surgir y de dominar.

San Basilio también se expresa así: «La juventud es muy ligera e inclinada al mal; hay en ella

concupiscencias desenfrenadas e indomables transportes de ira espantosos, y no tiene freno su lengua; la insolencia, la arrogancia y el fausto que viene del orgullo, y gérmenes de vicios innumerables, se aglomeran apoderándose de la juventud».

La experiencia de los años nos dice que la juventud está falta de esta misma experiencia y que se corrige difícilmente y por su ligereza e ignorancia es muy inconstante en el bien y se la ve expuesta a muchos peligros, por lo que los jóvenes deben estar siempre en vela sobre sí mismos y también aquéllos que están obligados a dirigirlos.

Joven, no pierdas tu juventud

Numerosos son los jóvenes que pierden la juventud, y esto es debido a que «han ignorado el camino de la ciencia y no han conocido sus senderos» (Bar. 3, 20-21).

¿Hasta cuándo, oh necios, aborreceréis la disciplina? (Prov. 1, 22). ¿Hasta cuándo detestaréis la ciencia de la virtud y de la salvación, siendo amantes de las frivolidades, de los juegos, de la pérdida de tiempo, del pecado y de la muerte? ¿Por qué no pensar que lo que no habéis recogido en vuestra juventud, no lo hallaréis en vuestra vejez? (Eclo. 25, 5).

Dios derrama muchos bienes sobre las almas ¿por qué no emplearlos en darle gloria? ¿Por qué no pensamos en hacer fecunda de buenas obras nuestra vida?

A Dios debemos darle lo mejor, las *primicias* de nuestra vida, y, sin embargo ¡cuántos no le dan más que los despojos de ella!

Mientras hay jóvenes que se entregan al mundo y a sus diversiones pecaminosas, hay otros que se esfuerzan por apartarse de él para llevar una vida más pura y ser apóstoles del bien.

¿Cuál es tu camino actual? ¿Has pensado si Dios te llama por el camino de la virginidad o de una entrega al apostolado misionero, o, por el contrario, sientes más inclinación al matrimonio? Dios no nos ha creado para ser solteros o casados precisamente, sino para darle gloria. Lo que debemos pensar es dónde se la podríamos dar mayor.

Tu juventud pertenece a Dios

La juventud es una edad que pasa como la flor. ¡Qué pronto se marchita y envejece! No hay que imitar a los jóvenes que emprenden un extraviado camino diciendo: Daré mi juventud al placer, al reposo y a las pasiones, y mi vejez a la penitencia, al trabajo de la virtud y de la salvación... ¡Qué peligro más espantoso abandonarse a los desórdenes, con la vana y ciega esperanza de una larga vida primero, y luego del tiempo necesario para la penitencia!

Muchos quieren dar al mundo las primicias de su vida, y los desperdicios de ella dárselos a Dios en su vejez. ¡Cómo si estuviera en sus manos el disponer del tiempo que Dios les está concediendo para merecer una eternidad dichosa! ¡A cuántos les sorprenderá la muerte cuando no piensan en ella y se presentarán ante el Señor con las manos vacías de buenas obras!

Todas las edades pertenecen al soberano Dueño de todas las cosas; pero la juventud debe sobre todo ser de Dios.

Los días de la juventud son las primicias de la vida, y siempre las primicias se han ofrecido al Señor. Las hermosas flores de la primavera, y ante todo las primeras son siempre las más agradables, las preferidas, las elegidas para ser presentadas a la persona amada.

Si *«el adolescente,* según los Proverbios, *seguirá el camino que emprendió desde pequeño y no se apartará de él siendo viejo»* (22, 6), ¡cuán útil y ventajoso será acostumbrarle desde su juventud a la disciplina, a la mortificación, a la austeridad, a la paciencia, a la práctica de la virtud, y, en una palabra, al servicio de Dios!

¡Qué cosa más hermosa puede haber ante Dios y ante los hombres que un joven o una joven llenos de modestia, de pureza, de sabiduría, de prudencia, de obediencia y de piedad!

¿Dónde hallaremos ventajas semejantes a las que se encuentran en el servicio de Dios, aceptado desde la juventud? Para esto hacen falta vencimientos, una lucha constante, pues sólo por este camino se puede lograr una vida pura y de entrega al apostolado del bien.

¡Cuántas almas vulgares por falta de voluntad y de una entrega decidida al servicio de Dios! Pero tú, joven, que esto lees, piensa que ¡lo que cuesta es lo que vale!...

La juventud, por ser una edad llena de ignorancia, de inexperiencia, de debilidad y de presunción, necesita un guía, un director espiritual, experto, sabio y prudente.

Yo aconsejaría a los jóvenes que frecuentasen los sacramentos y que se confesasen un par de veces con un confesor, otro par de veces con otro...,

hasta hallar a uno que les pareciese adornado con dichas cualidades y les inspirase la debida confianza, y luego tenerlo como director espiritual y seguir así un camino orientador con un plan de vida compatible con el propio deber.

La libertad en la juventud

Todos amamos la libertad, todos queremos ser libres; pero hay que saber en qué consiste la libertad.

El hombre es hechura de Dios y de hecho goza del don de la libertad (Eclo. 15, 14-15); pero la libertad no significa hacer lo que a cada uno le plazca, sino hacer lo que es del agrado de Dios según nos lo dicta su santa Ley y la voz de nuestra conciencia.

Jesucristo vino a enseñarnos cómo hemos de ser libres al decirnos: «*La verdad os hará libres..., el pecado os hará esclavos*» (Jn. 8, 31-34).

Dios nos ha dado la libertad para servicio de la verdad y del bien, y no para hacer lo malo.

Muchos usan de su libertad de forma depravada, como si fuera licencia para hacer lo malo o todo lo que produzca placer o satisfaga sus instintos o pasiones; pero esto no es libertad, sino libertinaje o abuso de la libertad.

Cuando el hombre quiere el mal es una señal de que tiene libertad, pero no está en esto la verdadera libertad. La esencia de la libertad está en poder obrar y elegir el bien, no en obrar el mal.

A un joven le oí un día: «Yo soy libre, yo puedo hacer lo que me da la gana, y mis padres y hasta mi profesor se me oponen»... Yo le dije: Si por

libertad entiendes hacer lo que a uno le da la gana, como yo creo que estás estorbando en el mundo, yo te pego un tiro y se terminó... ¡No tanto! exclamó... Pues piensa bien lo que dices y cómo debes de obrar.

Un hombre puede matar a otro, pero hay un mandamiento divino que clama: «*No matarás*». Por consiguiente, ir contra lo mandado por Dios es salirse del cauce del bien que El nos ha señalado. Para que no te extravíes en tu vida, para que no te deformes por el vicio y el pecado, vete por el camino que te señalan los mandamientos de Dios, pues si El te los inculca es para que vayas por la senda del bien y seas conducido a la vida eterna.

El joven quiere sacudir todo el yugo, y el que no va por buen camino es como el mal estudiante que quiere ser libre pero es para no estudiar, para no sujetarse a la disciplina del colegio que tiene como fin formarle y hacerle hombre sabio y virtuoso.

La edad más hermosa se pierde, y ¿por qué?, por su ignorancia y su presunción. El orgullo del joven considera la virtud de la obediencia como limitación de la propia personalidad, y de ahí la rebeldía contra toda autoridad, y contra todos los que quieren encauzar precisamente esa su personalidad. Quiere ser libre con una libertad peligrosa, por cuanto no recapacita que lo que hay en él es abuso de la libertad, viniendo a confundir la libertad con el libertinaje.

En el período de formación, el criterio del educando debe someterse a la regla y al criterio del

superior que lo educa para evitar todo extravío y todo error o deformación.

La educación no quita o impide la libertad. Lo que se opone a la verdadera libertad es la ignorancia. Así cuando hay que elegir entre una cosa de gran valor y otra relumbrante de muy poco o menor valor, si uno elige mal, no es, sin duda alguna, porque es libre, sino porque es ignorante y desconoce su verdadero valor. De aquí que el peligro contra la libertad sea el carecer de formación o de buena voluntad.

¡Joven! piensa en esta frase de Jesucristo: «*La verdad os hará libres, el pecado os hará esclavos*». Esto te enseñará a apreciar la libertad en su verdadero sentido y a obrar siempre bien. Cuando está libre de las pasiones y del pecado queda libre de ataduras terrenas y vuela a alturas elevadas. Esta es la libertad de los hijos de Dios. No confundas jamás la libertad con el libertinaje.

Jóvenes, corregid vuestros defectos

Los más frecuentes del joven son los placeres sensuales y la presunción que con harta frecuencia se trueca en orgullo y trae consigo la terquedad. Para corregir el joven los defectos propios de su edad, debe fijarse un ideal noble, ejercitarse en la práctica de la humildad, estudiando con cariño las conquistas logradas por la humanidad en el transcurso de los tiempos y lo bueno que debe agradecer a los mayores que aún viven y que él trata o conoce.

Para servir a Dios desde la juventud y corregirnos de nuestras faltas tenemos varios medios: la

observancia ante todo de la Ley de Dios, el recuerdo del Señor: «*Acordaos de vuestro Creador en los días de vuestra juventud*», dice el Eclesiastés (12, 1). Añadid a esto el temor santo de Dios para no ofenderle. Tobías enseñó a su hijo a temer a Dios desde la infancia y a abstenerse de todo pecado (1, 10). Lo más bello es no tener nunca en la conciencia un pecado mortal; arrepentirse y confesarse con frecuencia, andar por los senderos de la prudencia» (Prov. 9, 6) y recibir la instrucción cristiana desde la juventud para encontrar la sabiduría hasta la edad en que encanezcan vuestras cabezas (Eclo. 6, 18).

Al joven que corre tras los placeres impuros, a fin de que reflexione, le diremos aquellas expresiones de los Libros Santos: «*Gózate, pues, oh joven disoluto, en tu mocedad, disfruta de los bienes de tu alma en los días de tu juventud, sigue las inclinaciones de tu corazón, y lo que agrada a tus ojos; pero ten presente que de todas esas cosas te pedirá Dios cuenta en el día que te juzgue. Por tanto, arranca de tu corazón la ira, y aparta todo vicio de tu carne; puesto que la juventud y las delicias no son sino vanidad*» (Eclo. 11, 9 ss.). «*Huye de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, la caridad y la paz con aquellos que invocan al Señor con limpio corazón*» (2 Tim. 2, 22).

Joven, lucha para vencer. «Si ahora cuando la pasión comienza a brotar, y la mala inclinación aún no tiene fuerza por estar en sus principios, no os atrevéis a resistirla por la dificultad que sentís en ello, ¿cómo la resistiréis y venceréis después, cuando esté muy arraigada y haya cobrado fuerzas con la costumbre que os será a par de muerte

mudarla?... Al árbol, a los principios, cuando está tierno, fácilmente le podéis enderezar para que se haga un árbol muy hermoso. Pero después, si lo dejáis crecer y va torcido... primero le quebraréis, que le enderecéis; de esa manera se quedará toda la vida». (P. Alonso R.).

Y esto es lo que dicen los Proverbios: *«Si eres flojo en el tiempo bueno, ¿qué fuerza tendrás el día de la desventura?»* (24, 10).

A los jóvenes les cuesta ser puros y mortificar sus pasiones; mas en esto está su dicha. *Francisco de Asís* era joven cuando se dio enteramente a Dios. Entonces dijo a sus primeros compañeros: «No es sólo por nosotros que Dios nos ha llamado, sino por la salvación de nuestro prójimo. Debemos ir ahora por el mundo, y más con los ejemplos que con las palabras exhortar a los hombres a la penitencia y a la observancia de los divinos mandamientos». He aquí un entusiasmo fructífero y un dinamismo santo, que muchos jóvenes pueden imitar.

Cualidades y defectos de la joven

También *la joven tiene sus bellas cualidades y sus defectos.* La joven al pasar la adolescencia, siente una profunda transformación; las facultades físicas y morales se han desarrollado; siente el amor, y lo siente de tal manera que, para ella, vivir es amar, y amar es darse, sacrificarse, inmolarse. Tiene una intuición, que en muchas ocasiones es superior, en aciertos y soluciones, al razonamiento del hombre. Está preparada. Cuánta abnegación, cuánto heroísmo, qué eficacia de apos-

tolado, qué constancia y firmeza en los trances difíciles ha dejado, como monumentos en la historia, y repite con abundancia hoy la joven sensata!...

La joven tiene ante sí *problemas* harto difíciles: ha de elegir estado; varias profesiones o carreras le brindan sus ventajas, la vida pública se ha conmovido profundamente, y la mujer puede ayudar a marcar el rumbo. «Vuestra hora, dijo Pío XII, ha sonado, mujeres y jóvenes católicas. La vida pública os necesita».

La joven debe preocuparse y se preocupa del camino que va a seguir. Problemas son también el bullir —más o menos oculto— de sus propias pasiones juveniles los peligros que la amenazan por ser joven y por ser mujer.

Ante estos problemas le falta experiencia y le sobran ímpetus. Cree en el amor, y regularmente es el amor quien la engaña: «¿No ves que las flores, hermosas cuando están en la planta, cogidas y manoseadas, se marchitan?» (F. Sales); se fía de la intuición, y confunde a veces la quimera con la realidad; quiere conquistar y fracasa. Necesita la preparación complementaria, consejo y dirección de persona experimentada y prudente...

También las jóvenes tienen sus defectos. Los principales: *El amor,* que deriva en celos, rencillas, envidia... *vanidad* que todo lo sacrifica a la moda y a victorias pasajeras; la *versatilidad*...

Nuestra vida, como diremos, tiene sus peldaños más o menos graduados: la niñez, la adolescencia, la juventud, la edad madura, la vejez... Al pa-

sar el primer escalón de la vida para toda joven, más o menos tarde han de llegar las horas de las tentaciones, el despertar de las pasiones... El mundo le empezará a brindar sus mayores atractivos, y hará porque todo le sonría: la moda, las conversaciones, la amistad de amigas frívolas, las diversiones en salones de cine o baile, la novela... El lenguaje del tentador le promete falsa felicidad, y vendrá a despertar pensamientos malos o frívolos en su alma virginal... Ella observará que otras jóvenes de su edad van por el camino del matrimonio y las menos piensan en el ideal de consagrarse a Dios a las que ve amantes de la virginidad... Acaso se haga esta pregunta: ¿Qué querrá Dios de mí? Mas si no se la ha hecho mucho debiera reflexionar y pensar sobre su porvenir, para no exponerse a amar los desengaños y correr peligro de encaminarse por sendas de perdición.

La joven debe tener un ideal bueno que pueda centrarla y encaminarla mejor hacia Dios. ¡Cuántas guiadas únicamente por el capricho, no saben a dónde van! ¡Cuántas ya a partir de los 15 años se las ve frívolas, algo ligeras y alocadas, que no sienten aún el peso de responsabilidad, siendo su característica principal la volubilidad y predominio del sentimiento sobre la idea serie! y ¡cuántas otras, tristes víctimas de la seducción, traídas por el brillo de los placeres, entregadas a la vanidad, a las diversiones mundanas y a modas indecentes!

¿Cómo conducirlas al número de almas grandes, decididas por un ideal santo, entusiasta, esforzadas, tenaces y sobre todo perseverantes en el bien?

Formación de la voluntad

La raíz de todo el mal de la joven nace de la falta de la formación de la voluntad, de la falta de decisión para emprender el camino que Dios le tiene trazado. Para no errar su vocación, necesita formar y fortalecer su voluntad y a su vez adornar su alma de las virtudes que más la embellecen: Humildad, pureza, bondad, sencillez...

La voluntad es la raíz de la vida moral, la puerta del pecado y el asiento de la responsabilidad. Frente al deber, ante el ideal de la virtud y de la santidad, es preciso saber decir: *Quiero*. Un «quiero» hacer esto, cueste lo que cueste, eso es tener voluntad. Hay que romper con el pecado o con la ocasión de todo lo que me lleva al mal, pues se rompe. Es preciso seguir un plan de vida que me santifica y me acerca más a Dios, pues se sigue poniendo los medios necesarios.

La joven que después de reflexionar y haber pedido consejo, toma una firme resolución con toda seriedad y sin temor a contradicciones y burlas y no se deja vencer por las dificultades que le salen al encuentro, antes bien, sigue firme hasta conseguir el fin propuesto, esta es un alma de decisión y voluntad.

La joven ha de obtener la formación de la voluntad por estos medios: siendo mortificada de alma y cuerpo para someter la carne al espíritu, sin buscar el regalo o la vida muelle y delicada; llevando un régimen de vida espiritual con horas de trabajo y de descanso y de ejercicios de piedad; mediante la dirección espiritual. Ante todo debe ser muy amante de la pureza, porque es fuente de

energía y porque la impureza ensucia el cuerpo y el alma. A veces vienen dificultades y las jóvenes por sí solas estarían expuestas a retroceder en el camino del bien, y de ahí la necesidad de un Director espiritual y consejero prudente y sabio.

Las jóvenes tienen muchos ejemplos dignos de imitar. Recordemos uno, el de *Isabel de Francia,* hermana de Luis XVI. No sólo en el patíbulo y en la cárcel y en el simulacro de proceso instruido para condenarla, sino siempre en los años de más florida juventud, mostró un temple de acero, con todas las virtudes de una princesa cristiana y con una intuición femenina que no supo aprovechar su real hermano con quererla entrañablemente. En medio de todas los pesares y angustias la principal preocupación de la princesa fue la defensa de la Religión, y a esto encaminaba todos sus pasos. Llamábanla, años antes de morir «la santa de las Tullerías»; y actualmente está incoado el proceso de su beatificación. ¡Hermoso ejemplo de una joven princesa!

En consecuencia: La formación de la voluntad tiende a hacer hombres de carácter, hombres que saben decir no a todo lo que es pecado. Estos son los de una voluntad fuerte y perseverante y que saben mantenerse firmes ante los peligros y las pasiones..., los bien formados en la religión que profesan, los que están dispuestos a ser en todo momento verdaderos testigos de Cristo y a poner su apostolado al servicio de la verdad y del bien.

Sin esta formación los jóvenes languidecerán en la vulgaridad y su caminar por la vida vendrá a ser sin entusiasmo y sin sanos ideales...

Virginidad o matrimonio

Nuestra vida como hemos dicho, tiene sus peldaños: niñez, adolescencia, juventud, edad madura, vejez... Al pasar el primer escalón de la vida, sobre los 13 a los 15 años, empiezan a aparecer las horas de las tentaciones, y todos, por lo general, suelen entonces sentir el despertar de las pasiones de la carne, o sea, ciertas inclinaciones ante el descubrimiento del sexo contrario, y vienen los pensamientos feos, ciertas sensaciones o deseos de placeres impuros..., y pueden venir las caídas o remordimientos..., y por esto hay que luchar para no caer, y si se cae, hay que levantarse y seguir luchando.

Los atractivos del mundo, las conversaciones y amistades frívolas, el cine y el baile... suscitarán en toda alma virginal pensamientos vanos e impuros, y podrán notar ciertas dudas y turbaciones hasta hallarse en la encrucijada de estos dos caminos: VIRGINIDAD o MATRIMONIO.

Conviene tener ideas claras ante todo. Sentir el pensamiento impuro, no es mal; el mal está en consentir... La puerta del pecado es la voluntad.

La castidad exige una voluntad firme de ser puros en pensamientos, palabras y obras, esto es, la castidad se opone a toda delectación carnal e impura, mientras sea ilícita. La castidad se llama también *continencia,* porque nos indica que hay que hacerse violencia para reprimir las tentaciones o malas inclinaciones de la carne.

La castidad es una virtud delicada que es preciso que las almas jóvenes la conozcan para no perderla, y, por ser la más tentada, sepan defenderla.

Hay que estar alerta contra los ladrones que le salen al paso como son: los malos libros, las malas compañías, las ocasiones o ambientes peligrosos.

Vamos a hablar primeramente de la virginidad para conocer su valor y belleza, ya que éste es el camino más propio de la vida religiosa o consagrada a Dios ya en el claustro, ya en el mundo..., y a continuación hablaremos del matrimonio.

¡VIRGINIDAD!

¿Qué es la virginidad? Es la flor de la castidad, y «la joya más preciosa de la Iglesia», como dice San Jerónimo.

La castidad virginal encierra grandes excelencias y prerrogativas. Su belleza es la que movió a San Cipriano, a San Ambrosio, a San Jerónimo y a tantos otros Padres de la Iglesia a escribir tratados admirables para la perfección de las almas vírgenes.

La virginidad consiste en «la resolución *libre, perpetua y voluntaria* de abstenerse del matrimonio y de los placeres de la carne por amor al reino de los cielos».

La virginidad es un don especial de Dios y no a todos es concedido, sino a los que lo desean sinceramente y están dispuestos a luchar con la concupiscencia de la carne, y a este fin piden ayuda a Dios con fervor.

La virginidad es una cuestión de amor

La virginidad bien merece una meditación. En la virginidad el amor humano queda en cierto modo sustituido por el amor divino, el amor terreno

por el amor celeste, es decir, un amor de baja calidad por otro más alto y sublime. Así se obtiene la sublimación del instinto sexual del hombre en el grado más perfectamente posible en este mundo.

El apoyo en el amor de Dios es el motor indispensable de la vida sobrenatural. San Pablo plantea todo el problema moral del hombre, o sea, la tragedia del hombre caído, que se expresa por la fórmula que dice:

«El *acto* sigue al *deseo,* si no se opone un *Amor;* fundado en *conocimiento, que da voluntad mejor*».

Una acción mala es efecto de un deseo malo, y a este deseo sigue la acción, si no se opone ese amor divino, cuyo conocimiento nos impulsa a alejarnos del pecado o amor impuro.

Jesucristo y la virginidad

Jesucristo (que quiso nacer de una Virgen y pasó su vida mortal en el estado de virginidad, con lo que nos enseñó que este estado le era agradable), después de hablar del matrimonio, nos dice que la virginidad es un don de lo alto y más excelso, pero que no todos son capaces de tomar esta resolución.

Estas son sus palabras:

«No todos son capaces de comprender esta doctrina (o sea, de decidirse a ser vírgenes), *sino aquellos a quienes es dado... Hay eunucos* (esto es, inhábiles o impotentes para el matrimonio), *que se hicieron tales a sí mismos por amor al reino de los cielos. El que sea capaz de esta doctrina que la siga»* (Mt. 19, 11-12).

Conviene notar que en el nuevo reino de Jesucristo hay una clase especial de «eunucos». Esta palabra, como hemos indicado, es lo mismo que «inhábiles o impotentes» para el matrimonio, pero no impotentes en el cuerpo, sino en el espíritu, en cuanto que *voluntariamente* se abstienen del matrimonio para ser más gratos a Dios y entregarse más completamente a su servicio y al servicio del prójimo.

Valor de una vida consagrada

El ideal de una vida consagrada al servicio de Dios es siempre grande, pero no todos lo comprenden. Una joven que abrazó la «Vida Religiosa», escribió de este modo a una compañera:

«Cuando una chica que vale en todos los sentidos, se consagra al Señor, los comentarios son siempre los mismos: "¿Pero tan joven? ¿Tan mona? ¿Tan lista? ¿Tan simpática? ¿tan ... tan...? Podría adquirir una posición tan brillante... Es de tan distinguida familia...".

¡Qué absurdos! Como si el «partido» mejor no fuera ser esposa del Rey de reyes... Como si la familia no quedase ennoblecida hasta el mayor grado posible al consagrarse una de sus hijas al servicio divino...

La locura de la cruz es siempre escándalo para el mundo... A Dios no hay que darle lo viejo y lo feo... sino lo mejor. Todos los privilegios debemos sacrificarlos por El... El quiere los corazones, y yo le entrego el mío. Que sea *todo, sólo y siempre suyo*».

El Hermano Rafael, trapense, escribió: «Yo di-

go: Si aquel joven que se acercó a Jesús por seguirle, no se hubiese asustado del salto que tenía que dar por encima de sus padres, de su hacienda, y se hubiese decidido y tenido coraje para saltar por todo... Jesús seguramente no se hubiese entristecido.

Muy amarga debió ser la sonrisa del Señor, al ver que por un puñado de efímeras y miserables riquezas, aquel joven no le daba de lleno su corazón».

¿No sabré yo dar ese salto y desprenderme de una vez de todas las cosas vanas del mundo por amor a Jesús que me dice: *«Ven, sígueme»?*

¿Cómo hemos de entender la virginidad?

Pío XII en la Encíclica «Sacra Virgínitas», escribe: «Los Santos Padres, desde los primeros tiempos de la Iglesia entendieron la virginidad como una consagración del cuerpo y del alma de Dios..., siendo el fin primordial y la razón principal de la virginidad cristiana, el tender únicamente hacia las cosas divinas empleando en ellas el alma y corazón; el querer agradar a Dios en todas las cosas, pensar sólo en El, consagrarle totalmente cuerpo y alma... Y, sin duda, los que más plena y perfectamente ponen en práctica la enseñanza de Cristo sobre la perpetua renuncia al matrimonio, son los que se obligan con voto perpetuo a guardar continencia».

Y San Agustín nos dice: «No es que se honre a la virginidad por ella misma, sino por estar consagrada a Dios... y no alabamos a las vírgenes por-

que lo son, sino por ser vírgenes consagradas a Dios por medio de una piadosa continencia».

«No quieran, pues, las vírgenes adornarse ni agradar a nadie sino al Señor, puesto que se han consagrado a Cristo y, apartándose de la concupiscencia de la carne, se han entregado a Dios en cuerpo y alma» (S. Cipriano).

La virginidad es perfecta cuando se conserva con voto, y en caso de tanta trascendencia no se debe proceder con irreflexión y ligereza. Por este motivo, las almas, que deseen consagrar su virginidad a Jesucristo, harán su voto por un tiempo determinado, vg. de una fiesta de la Virgen a otra de la misma, y se ejercitarán en la oración hasta tener certeza de perseverancia.

En estos casos interesa pedir consejo a un confesor prudente o director espiritual. Así dice Pío XII en la «Menti Nostrae»: «Al trabajar y avanzar en la vida espiritual no os fieis de vosotros mismos, sino con sencillez y docilidad buscad y aceptad la ayuda de quien, con sabia moderación, puede guiar vuestra alma, indicaros los peligros, sugeriros los medios idóneos, y en todas las dificultades internas o externas os puede dirigir rectamente a llevaros a la perfección cada vez mayor, según los ejemplos de los Santos y las enseñanzas de la ascética cristiana».

¿Es posible guardar virginidad?

San Pablo escribiendo a los de Corinto les dice: «*Yo os querría libres de cuidados... Esto os lo digo por vuestra conveniencia, no para tenderos un lazo, sino mirando a lo que es mejor y os per-*

mite uniros más al Señor, libres de impedimentos. El que da su hija virgen en matrimonio, obra bien; mas el que no la casa, esto es, el que prefiere conservarla virgen (siendo ella de este parecer), *obra mejor*» (1 Cor. 7).

Esto nos denota (a pesar de ver que la naturaleza humana está inclinada al mal y de los pésimos ambientes) que un alma con voluntad decidida y con la ayuda de la gracia, puede permanecer virgen, y porque Jesucristo en su Evangelio nos dice: «*El que se sienta capaz de este don, adelante*»

En el siglo II de la Iglesia, el apologista San Justino escribe: «Los fieles se determinaron a guardar continencia por aquellas palabras de Jesucristo: «*Hay hombres que renunciaron al matrimonio por el reino de los cielos...*». Entre nosotros muchas personas de ambos sexos, que tienen ya sesenta y setenta años, y que han sido instruidas desde su infancia en la doctrina de Jesucristo, perseveran en la castidad y me obligo a señalar muchas en todos los estados de la sociedad».

Y Atenágoras, filósofo griego del siglo II, dice: «Hay entre nosotros muchos hombres y mujeres que vive en celibato con la esperanza de unirse más estrechamente a Dios»...

También Pío XII en la «Sacra Virgínitas» nos dice: «No se puede contar la multitud de almas que desde comienzos de la Iglesia hasta nuestros días han ofrecido a Dios su castidad, unos conservando intacta su virginidad..., otros eligiendo una vida totalmente casta después de haber llorado sus pecados; mas todos conviniendo en el mismo propósito de abstenerse para siempre, por amor a Dios, de los deleites de la carne».

De hecho el Concilio de Trento con San Agustín dice que «Dios no manda cosas imposibles... y da su ayuda para que puedas llevarlas a cabo».

Excelencias de la virginidad

En la Biblia se recomienda mucho la virginidad y es ensalzada como más excelente que el matrimonio por contener en sí mayor perfección y santidad, ya que deja el ánimo más libre para entregarse al servicio de Dios.

La Iglesia también la ensalza al decirnos en el Concilio de Trento: «Si alguno dijere que el estado del matrimonio se debe anteponer al de la virginidad, y que no es mejor y más glorioso permanecer en virginidad o casta soltería que unirse en matrimonio, sea antematizado, execrado y excomulgado» (Ses. 24).

«Ensalza, sí, el matrimonio, mas antes que el matrimonio, la virginidad. El matrimonio es el perdón de la concupiscencia; la virginidad el esplendor; el matrimonio, el padre de los santos; la virginidad, un sacrificio; el matrimonio es la raíz de la virginidad, esposa de Dios; pero entretanto es una servidumbre de la carne y de los ardores libidinosos» (S. Greg. Naz.). «Y mientras el matrimonio puebla la tierra, la virginidad puebla el cielo» (S. Jerónimo).

San Ambrosio en su tratado de las Vírgenes, dice: «Pongo ante sus ojos la excelencia de la virginidad sobre el estado conyugal para que todos juzguen por conciencia propia fundada no en mi humilde y falaz opinión, sino en la autoridad del Espíritu Santo, que por boca de su profeta dijo ser

más noble la virginidad, que se hermana con la virtud... No condeno a la casada, pero alabo fervorosamente a la virgen, porque las más puras satisfacciones de aquélla son como despreciable barro en comparación de las de ésta».

«Hoy quisiéramos, dice Pío XII, tan sólo dirigirnos a aquellos que, sacerdotes o seglares, oradores o escritores, no tienen ni una palabra de aprobación o de alabanza para la virginidad consagrada a Cristo; a aquéllos que desde hace años y a pesar de las advertencias de la Iglesia y en contra de su pensamiento, conceden al matrimonio una preferencia en principio sobre la virginidad; a aquéllos que incluso llegan a presentar el matrimonio como un solo medio capaz de asegurar a la personalidad humana su desarrollo y perfección natural; los que hablan y escriben así sean conscientes de su responsabilidad delante de Dios y de la Iglesia. Es preciso incluirles en el número de los principales culpables de un hecho del cual Nos no podemos hablar sino con profunda tristeza».

«Es cuerto, diremos también, con San Ambrosio, que el estado de la virginidad es el más perfecto, más por serlo y aconsejarlo, no por eso vamos a condenar el matrimonio. Su condenación llevaría aparejada la de nuestro propio nacimiento... No desaconsejo, pues, el matrimonio; pero recuerdo los frutos de la sagrada virginidad.

«La castidad, ciertamente, es un don de muy pocas; el matrimonio, en cambio de todas. Claro que, si no hubiera madres, tampoco tendríamos vírgenes. Mi intento es más bien comparar excelencias con excelencias para que vea claro qué es lo mejor».

El apóstol *aconseja* la virginidad, *no la manda.* Cada uno ha recibido de Dios su propio don. El que no tenga el don de continencia, cásese. (Véase *"Senda desconocida" "Cartas sobre la Virginidad").*

Consejo a las vírgenes

En la Carta a los Corintos, nos dice San Pablo: *Hermanos, persevere cada uno ante Dios en la condición en que por El fue llamado. En orden a las vírgenes, precepto del Señor yo no tengo, sino que doy consejo, como quien ha obtenido del Señor la misericordia de ser fiel.*

Creo, pues, que por la instante necesidad, es bueno que el hombre permanezca así (esto es, en el estado de virginidad) (1 Cor. 7, 24-26).

El tiempo de nuestra vida es muy breve. «*El mundo pasa y su concupiscencia*». ¿Qué son y en qué paran las diversiones del mundo? Son como si no fuesen. Pasa la apariencia de este mundo, pasa la juventud, la belleza, la emoción, la esperanza en lo futuro, el gozo del alma. Es decir, sobre los placeres del cuerpo, pasajeros y vanos, están los placeres y satisfacciones del espíritu que son perdurables y eternos.

San Ambrosio comenta: «Oigo al mismo apóstol decir, que sobre las vírgenes no había recibido del Señor ningún precepto, y así es la verdad. Entonces ¿quién lo habrá recibido? Nadie. Y por eso no lo aduce San Pablo, sino que aconseja con el ejemplo, porque la virginidad no es para mandada, sino para aconsejada y deseada, como cosa que sobrepuja las fuerzas humanas, y puede ser obje-

to de voto, pero no materia de precepto. De donde el mismo apóstol, dirigiéndose a las vírgenes, las exhorta a desembarazarse de los cuidados de la carne, porque así como el soltero, libre de mujer, se entrega con más generosidad al servicio del Señor, buscando a cada paso nuevas trazas de agradarle, así la virgen consagra enteramente su pensamiento a Dios, para ser santa en el cuerpo y en el espíritu, al revés de la casada, que por deberse al matrimonio tiene su conversación en el mundo y su amor en el esposo».

«Esto, añade el mismo San Ambrosio, no lo digo en menoscabo del matrimonio, sino a gloria de la virginidad, cuyo estado es más excelente que el de los casados... Mas no van contra él mis alabanzas a la santa virginidad, ni pretendo con ellas apartar del matrimonio a los hombres, sino mostrarles un don precioso, que por ser desconocido de muchas almas tiene pocos devotos en el mundo, al revés del matrimonio, que nadie ignora, buscan muchos, a todos es lícito».

El ofrecimiento de la virginidad, para que sea grato a Dios y meritorio, debe hacerse de un modo libre y voluntario, solamente por su amor y por el reino de los cielos. El apóstol San Pablo estima que se debe guardar la virginidad por estas razones: porque es más perfecta que el matrimonio y ayuda mejor a las obra de santificación; porque tienen un mérito excepcional su guarda y sus luchas y es de una ejemplaridad relevante y porque siendo la vida tan breve interesa emplearla toda en el servicio de Dios.

Solamente las almas consagradas totalmente a este servicio divino son las que más beneficios re-

portan en la enseñanza de los niños, en el cuidado de los enfermos, en los asilos de los pobres, etc., y esto supone decisión y sacrificio constante.

LAS RELACIONES Y EL MATRIMONIO

Este capítulo es muy importante para los que se sienten llamados al matrimonio, mas como las relaciones presuponen, como es natural, la elección del cónyuge, y después empieza el noviazgo, interesa hablemos:

1.º De la elección del cónyuge

Grande es la empresa de fundar una familia, firmar un contrato para toda la vida y para las cosas más íntimas, obligarse a llevar todas las cargas que van anejas a la felicidad conyugal, a la procreación, manutención y educación integral de los hijos...; dolores agudísimos y peligro de muerte para la mujer... sobresaltos, sudores y luchas para el hombre... Por esto da el Señor bríos, entusiasmo, ideales, fuerzas que se atraen mutuamente y de un modo misterioso a los jóvenes de uno y otro sexo, una especie de fascinación emocional, que puede ser peligrosa, pero que en el plan de Dios va directa al heroísmo y a la santidad. Estas fuerzas, estas energías, estas atracciones mutuas son tan intensas que a veces ciegan; y van al matrimonio sin haber pensado seriamente con quién va a contraerlo...

«Antes de que te cases, mira a ver lo que haces». Mucho interesa que los novios piensen el pa-

so decisivo que van a dar, en cómo han de aceptar íntegramente la ley moral por la que debe regirse la familia, tomar en consideración las mil eventualidades a que está expuesta la suerte de los esposos y de los hijos y calcular como buenos contables las probabilidades ventajosas o perjudiciales que les ofrece tal o cual unión... y todo esto antes que el cálculo o afán de las riquezas y la posición social... pues las riquezas no son para el matrimonio un fin, sino un medio que facilita y ayuda a conseguir la propagación y educación de los hijos...

Pío XI en su Enc. *Casti connubii* habla de la importancia de esta elección: «Para que no padezcan, pues, por toda la vida las consecuencias de una imprudente elección, deliberen seriamente los que deseen casarse, antes de elegir la persona con la que han de convivir para siempre, y en esta deliberación tengan presentes las consecuencias que se derivan del matrimonio, en orden, en primer lugar, a la verdadera Religión de Cristo, y además en orden a sí mismo, al otro cónyuge, a la futura prole y a la sociedad humana y civil.

Imploren con asiduidad el auxilio divino para que elijan según la prudencia cristiana, no llevados por el ímpetu ciego y sin freno de la pasión, ni solamente por razones de lucro o por otro motivo menos noble, sino guiados por un amor recto y verdadero y por un afecto leal hacia el futuro cónyuge, buscando además en el matrimonio aquellos fines por los que Dios lo ha instituido».

«Puesto que de esta unión ha de resultar una sola persona, y en la persona la parte más noble es el espíritu ...no se debe buscar sólo la unión de

los cuerpos, sin principalmente la unión de las almas. Deberán ser, por consiguiente, dos almas que puedan en cierto modo compenetrarse, venir a ser una sola». (S. de Castro).

La importancia de la elección del cónyuge es de suma trascendencia. De su acierto, como dijo Pío XI, depende en gran parte la felicidad del futuro matrimonio. Esta es una empresa personal, y, por lo mismo, los que tienen que elegir son los mismos que han de casarse. Esto es lo natural y tal es la doctrina de la Iglesia.

Santo Tomás dice: «No están obligados a obedecer los criados a los señores ni los hijos a los padres, en lo que se refiere a contraer matrimonio o a guardar virginidad», si bien deben atender su consejo. Un matrimonio preparado contra la voluntad razonable de los padres siempre será temerario y corre el riesgo de no ser feliz, y esto por su mayor experiencia de la vida y por su amor a los hijos. Cierto que a veces se mueven por egoísmo o por incomprensión, pero no es lo corriente.

2.º Finalidad de las relaciones

Las relaciones son para conocerse mejor a fin de ayudarse mutuamente a acrecentar la virtud y vencer los defectos, a fundir ideales y afectos, a esbozar un plan de vida. De esta manera se entrenarán los futuros esposos en limar asperezas, ceder de sus caprichos, sacrificarse el uno por el otro y vivir en paz e inextinguible amor.

El amor es la vida del noviazgo. Pero hay amores y amoríos. «Amoríos, hojas sueltas de flores distintas. Amores, hojas juntas de una sola flor» (Los Quintero).

Los novios deben saberse amar. Conviene distinguir bien entre amorío y amor. Amorío es un amor sentimentalista y pobre, raquítico y endeble, que dura poco tiempo y termina con la pérdida del pudor y de la pureza. Es más bien una pasión que va mezclada a veces con el interés material o con sola la belleza física, y una vez que desaparecen tal interés o belleza, desaparece el amorío, y ya no hay unión de corazones ni amor verdadero.

El *verdadero amor* es un amor sano, fecundo, lleno de ideales sublimes, que va envuelto de pureza y de toda clase de virtudes. Los que así aman, quieren relaciones castas entre sí, como las querrían para los que fueran un día sus hijos. Éste es un amor de generosidad que implica sacrificio y defensa mutua. En las relaciones se aman con gran cariño, pero con vencimiento de pasiones para no pecar. Se miran como hermanos y no quieren verse manchados.

Los novios se aman, y ¿les será lícito darse muestras de afecto personal y exclusivo? Lo es, mas no debe olvidar que todavía son solteros y en cuanto se asome un pensamiento o un deseo que sólo en el matrimonio se puede satisfacer, deben reprimirlo y poner a raya las ternuras y hasta los besos si fueran solamente sensuales.

Peligros del noviazgo

La época del noviazgo precisamente, por la fuerza misma del amor, avivado aún por la intimidad, tienen sus peligros propios... El amor es ciego, impetuoso e insaciable; fácilmente pasa de las finezas legítimas a acciones prohibidas, de los afec-

tos espirituales a los sensuales y carnales. Los peligros del amor bordean, como precipicios el camino. Los novios deben vigilar sobre sí, porque a veces *«por una chispa se levanta un incendio»* (Eclo. 34).

La pasión puede arrastrar al precipicio. El amor, la gran luz de la vida, ciega los corazones muchas veces y esparce tinieblas. Recordemos ¡aquella mirada del padre!: «Eran novios. Confiaba en la propia firmeza. Y se lanzaron a una excursión. Apacible al principio, bochornosa después. Ella no tenía más que dieciseis años. Estudiaba aún. Agitada iba junto a su compañero, ya de vuelta a la ciudad. Al pasar junto a un «cine» ella vio en plena luz a un hombre. Sus miradas se cruzaron. Era su padre. La muchacha, enloquecida por el peso de aquella mirada escrutadora, se arrojó ante un tranvía. El conductor frenó, y así pudo salvar la vida de la muchacha, que con heridas graves fue trasladada a un hospital».

Una muchacha de veinte años dejó escrito en una cuartilla con fecha 12.1931, esta lección: «Caída. A los diez y ocho años salí por primera vez de casa; entonces mi alma era buena y pura ¿Y ahora? El corazón deshecho, embargada por el sufrimiento y el dolor; perdida la inocencia, la más preciosa piedra de la juventud de una muchacha. Ahora veo la ruindad del joven. Hermoso era y rubio, pero infiel y falso. Supo trastornarme y seducirme; desde aquella hora soy desgraciada y mi corazón sangra por mil heridas. Por eso digo a todas: ¡oh jóvenes todavía inocentes, no os fiéis de las bonitas palabras de los hipócritas y adulado-

res, pues la palabra de los hombres es infiel! Os digo eso para que a los veinte años no seáis tan desgraciadas como yo que, tengo el corazón mortalmente destrozado al escribir estas líneas».

El libro sagrado del Eclesiástico (42,9 ss.) nos habla de la vigilancia del padre por su hija y la inquietud por sus cuidados. «*Una hija es para el padre un tesoro que hay que guardar, un cuidado que quita el sueño, porque en su juventud no sea violada, y no sea aborrecida después de casada. En su doncellez no sea deshonrada y se vea encinta en la casa de su padre; que no sea infiel al marido, y bien casada sea estéril. Hijo mío, sobre la hija atrevida refuerza la vigilancia, no te haga escarnio de tus enemigos, fábula de la ciudad, objeto de burla entre el pueblo, y te avergüence en medio de la muchedumbre... La hija deshonrada es el aprobio de los padres*».

Lo mismo que se prepara uno de niño para recibir la primera comunión, así aquellos a quienes se creen llamados a casarse un día, deben prepararse debidamente para el matrimonio. La mejor preparación es un noviazgo cristiano y santo.

Las personas que desean ser religiosas tienen su tiempo de noviciado, son unos meses y durante ellos ven si les agrada aquella vida y si pueden cumplir las obligaciones y sacrificios que se les exige, si no se vuelven atrás.

Así también el noviazgo o tiempo de preparación para el matrimonio, es el único de que disponen de noviciado, y sólo durante él se pueden volver atrás; mas una vez casados no hay noviciado alguno. El matrimonio una vez realizado es indisoluble, no se puede desligar más que por la

muerte. De aquí que se necesite propiamente mayor preparación para el matrimonio que para la vida religiosa. Por eso el adagio de que «antes de que te cases, mira a ver lo que haces», tiene su miga. Se impone la reflexión. Además no se trata tan sólo del destino personal de los seres, sino del porvenir de otros muchos.

Unos consejos a las jóvenes y a los jóvenes

1) *A las jóvenes.* Sé fuerte, mantente en tu puesto. La joven no debe transigir jamás con ciertas libertades que la llevan al pecado. No, no cedáis, mostraros siempre intransigentes en materia de pureza. ¡Cuántas dispuestas a todo, porque temen perder el novio! y luego se han visto avergonzadas y abandonadas...

Cierto día se me acercó un joven para pedirme un consejo. «Llevo, me dijo, tres años en relaciones con una chica y estoy dispuesto a dejarla ¿qué me aconseja?» Y ¿cuál es la causa?, le respondí. Sencillamente, me replicó: porque ha condescendido demasiado, hemos pecado, y yo hubiera querido una mujer en su puesto, y ahora al verla manchada temo desaveniencias futuras. El que lea esto, puede suponer que le advertí que él había sido el culpable y no obraba bien... Mi fin al referir esto, es advertir a las jóvenes cómo deben portarse, y que entre más retraídas sean con ellos, más las querrán, y caso de llegarse a una desavenencia o que se rompieran las relaciones, podrían ir con la cara levantada y con toda dignidad a todas partes.

¡Joven! Hazte respetar, y tu novio, en el trato, no será tan atrevido. No te dejes tocar ni por ruego

o por caricia, sino quieres que peligre tu pureza. A veces tine más culpa la mujer que el hombre.

2) *A los jóvenes.* Vuestra novia es un tesoro. Miradla como a vuestra madre. Como quisiérais que miraran un día a vuestras hijas. Cultivad en ella la castidad y el pudor y la modestia, pues son joyas de inestimable valor.

Recordad este verso de Sor Juana Inés de la Cruz: «Y después de hacerlas malas... las queréis hallar buenas... Queredlas cual las hacéis, o hacedlas cual las buscáis».

Los jóvenes formales deben buscar una esposa de su casa, buena, modesta, trabajadora y virtuosa.

Preparación para el matrimonio

El matrimonio, aunque propiamente no sea una vocación especial, sino inclinación de la naturaleza, ya que la mayoría o casi todas las jóvenes piensan en él; no obstante, al saber que en el matrimonio no han de faltar cruces y grandes pruebas como las enfermedades, reveses de fortuna, defectos de carácter, contrariedades, etc., sí debieran los contrayentes reflexionar y orar mucho, para ver si realmente tienen verdadera vocación para llevar sus cargas.

Un proverbio dice: «Antes de marchar a la guerra reza una vez; reza dos antes de embarcarte; reza tres antes de casarte».

No hay que considerar, pues, el matrimonio como el medio de crearse una situación estable, de conseguir cierta independencia o un poco más de libertad, sino verlo, como debe verse, es decir; co-

mo la senda de una vida de delicados deberes, de trabajos oscuros, de asistencia mutua, de perpetuo sacrificio... y el matrimonio, una vez contraído, aunque a los pocos momentos empiece la desdicha, es indisoluble, y por esto pide serias reflexiones.

Se debe evitar el matrimonio de interés, el de conveniencia y el pasión. El Rvdo. P. Bateman, al hablar de la formación de la joven, da estos consejos acertadísimos:

El matrimonio de interés. Cuando el móvil del matrimonio es únicamente el dinero, es natural que desaparecido éste, desaparece el amor, y por muchos que sean los billetes de Banco acumulados, no logran la virtud de unir los corazones. El matrimonio no es una venta. ¡Desgraciado el que se casa con la dote y no con la joven!

Cuando sólo se busca la dote en el matrimonio, tarde o temprano vendrán las desavenencias, y la mayor parte de las veces la separación y el divorcio.

El matrimonio de conveniencia. Es aquél en el cual se busca ante todo unir dos familias, dos situaciones, dos fortunas. Para concertado se hace poco caso de los sentimientos del corazón; sólo la razón aconseja.

Sin duda es indispensable que sea «razonable» el matrimonio; pero la razón es una facultad muy fría para que pueda intervenir sola. Hace falta que el corazón y la razón estén de acuerdo, o que por lo menos exista entre los dos esposos una cierta simpatía, germen posible del amor durante el transcurso de la vida en común. Si el corazón no habla, si el corazón protesta, no hay que pasar adelante; no se edifica un hogar sobre el egoísmo, ni

sobre el interés personal, y hace falta una gran virtud para edificarlo únicamente sobre el sacrificio.

El matrimonio de pasión. Lo verifica quien se casa con cualquiera porque la pasión sensual le arrastra hacia él, y como la pasión es siempre ciega y sorda y efímera, resulta que al poco tiempo de contraerse este matrimonio surgen el desencanto, el aburrimiento, el odio, los reproches y las disputas.

En un asunto tan grave no hay que obrar con precipitación. El amor de los esposos no debe fundarse únicamente en los sentidos, porque en cada caso sería tan fugaz como las mismas sensaciones. Las almas de ambos deben unirse con ligaduras de amor espiritual que ni el tiempo ni el espacio puedan romper.

La Escritura Santa dice: «*Los padres transmiten casa y riqueza; pero es verdaderamente Dios el que da la esposa prudente*» (Prov. 19, 14). «*Casad a vuestra hija y habréis hecho una grande obra si la dais a un hombre sensato*» (Eclo. 7, 27).

El matrimonio es un sacramento y por tanto es lícito y santo.

¿Qué es el matrimonio?

El matrimonio, dice el Conc. Vaticano II, es «una comunidad de vida y de amor, que se establece sobre la alianza (pacto o contrato) de los esposos, es decir, sobre su consentimiento personal e irrevocable» (Igl. M. 48).

Los esposos son libres para hacer entre ellos un pacto mutuo, o sea, para darse el sí matrimonial, pero una vez dado, se establece un vínculo que depende únicamente de Dios, que quiere poner a sal-

vo los bienes que El ha enserrado en la familia, y estos son: el amor, la educación y protección de los hijos, la dignidad humana y el bienestar de la familia.

Los que se van a casar se presentan ante el altar con el fin de hacer una alianza o compromiso solemne y sagrado, bendecido por la Iglesia, y para que así Jesucristo santifique su unión por medio del sacramento del matrimonio, a través del cual el mismo Jesucristo permanece con los esposos para que con su entrega y amor mutuo sean imagen viva y testimonio de la entrega y amor de Cristo con su Iglesia (Ef. 5, 25).

Los fines que deben proponerse los que se casan con temor de Dios, son estos: 1.° Recibir dignamente el sacramento del matrimonio y no profanarlo jamás. 2.° Conservar la fidelidad conyugal, y 3.° Educar santamente a los hijos que Dios dé. Sagrados e inquebrantables han de ser estos deberes.

El santo Concilio de Trento exhorta a los futuros esposos a que confiesen cuidadosamente sus pecados, y se acerquen piadosamente al sacramento de la Eucaristía antes de contraer juntos el matrimonio... Deben contraerlo con puras conciencias para que la gracia divina santifique y fortalezca su unión.

El fruto de la unión del hombre y de la mujer es el niño, que nace como expresión viva y duradera del amor, que se profesan.

El niño es una persona humana con repercusiones en el orden social. Tiene el derecho de nacer, de vivir, de ser tratado con amor, de llegar a su

completo desarrollo físico, psicológico, moral y religioso. En calidad de persona humana es sujeto de derechos, ya ¡antes de nacer!

El niño es de los padres y a ellos pertenece el primer derecho de educarle, y deben educarle bien, preparándolo para el servicio de Dios.

«En cualquier cuna en que se acueste un niño, bien esté construida con preciosos metales, adornada con finos encajes o cubierta con ricos damascos, bien sea improvisada con sencillas tablas, desprovista de todo adorno, allí hay un futuro hombre bueno o un perverso; y, en ocasiones, allí está el porvenir de un pueblo o el azote de la humanidad» (D. Capeáns).

«¿Tienes hijos? Adoctrínalos desde su niñez». «Afrenta de los padres es el hijo mal criado» (Eclo. 7, 25; 22, 3).

San J. Crisóstomo decía: «Tienes tu casa adornada con estatuas de oro. Estos son tus hijos. Límpialas, adórnalas, cuídalas».

El problema del matrimonio y de la virginidad

El problema del matrimonio como el de la virginidad es menester reconocerlo que es un problema de amor.

Mientras el matrimonio nace del «amor humano», del amor a otra persona, la virginidad nace de un «amor sobrenatural», del amor a Cristo, autor de la misma virginidad y fuente de todo bien, por el que se sacrifica todo y se antepone su amor a todos los amores terrenos y humanos.

El problema de la castidad podemos decir que es más bien del primer mandamiento que del sex-

to, pues si el corazón no se llena del Amor de Dios y se le ama con toda el alma, con toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas, termina amando a una criatura.

La persona que ha determinado consagrarse de lleno al servicio de Dios y ha puesto su mano sobre el arado, debe mirar adelante y llenar su corazón del Amor de Dios, pues para triunfar hay que anteponer este Amor a todos los amores terrenos.

La virginidad es una entrega total a Dios y al servicio del prójimo por amor de Dios.

Lo que puede contrarrestar el amor sexual es precisamente esta entrega al servicio de Dios, contando con la ayuda de su gracia.

El doctor Gemelli, moralista, cita estas palabras del Dr. Good: «No hay medio preventivo mejor contra el amor sexual que el poner el corazón en otro amor superior y más sublime, es decir, en el amor de Dios para los que tienen la dicha de conservar la fe católica».

Otro doctor, el Sr. Surbled afirma: «Tal es la primera condición, la condición indispensable de la continencia. No basta ser continente de hecho, precisa serlo también en la intención: la castidad no debe ser sólo en el cuerpo, sino también en el corazón y en la voluntad».

La verdadera virgen

Hay distintas maneras de amar la pureza. La persona que ama la pureza para ser *toda y siempre* consagrada de lleno al servicio de Dios, obra de distinta manera que la que quiere ser pura, pe-

ro no con total entrega a Dios... El modo de proceder de ésta es un estado inestable, porque esperar tomar otro, es decir, aspira al matrimonio.

La que quiere ser *toda y siempre* de Dios es la verdadera virgen. El verdadero estado de virginidad requiere una permanente consagración a Dios...

Preguntémonos ahora: ¿Por qué una joven virgen se decide a ser toda para Dios? ¿Acaso no siente el amor a los hombres? La joven que renuncia al matrimonio, para consagrarse a Dios, siente como las demás el amor humano; pero por un amor superior deja todos los amores terrenos, es decir, por amor a Cristo a quien se entrega totalmente deja todo otro amor.

La joven, que conoce en su inmensa necesidad de amor, que los hombres son endebles, tornadizos y mortales..., y que después de la muerte seremos como los ángeles de Dios en el cielo donde no habrá casamientos ni bodas..., se decide poner de una vez su corazón definitivamente en Aquél que es el amor esencial, inmutable y eterno. Su pureza quiere apoyarse en el que es la Pureza increada, su amor quiere ser un amor sin medida ni divisiones.

«Se ha dicho, con razón, que la mujer sólo alcanza su plenitud femenina cuando es madre; y nosotros añadimos que sólo alcanza su plenitud sobrenatural cuando es virgen»...

La vocación religiosa

La vocación religiosa es un llamamiento de Dios, y tiene también su explicación en el amor, pues

es un dejar los amores humanos por irse únicamente tras un amor sobrenatural y divino. Las almas que se consagran a Dios no quieren dividir su corazón entre otras personas humanas, y lo reservan todo y sólo para Dios, y por este amor unas entran en conventos de clausura para santificarse e inmolarse ofreciendo oraciones y sacrificios por la conversión de los pecadores, otras se quedan en el mundo perteneciendo a Institutos seculares con obras determinadas de apostolado y otras se alistan en Institutos o Congregaciones religiosas con fines misionales o de enseñanza en colegios o para atender enfermos en asilos u hospitales...

Es un hecho real e histórico que hay jóvenes que arrastradas por la hermosura de la virtud angélica, han dado un adiós a los amores del mundo, y les han dicho como otra Santa Inés, que dejen de pretender su amor, y así en la edad más hermosa de la vida, en la primavera de su existencia, en el momento en que la felicidad humana va a florecer y cantar en sus corazones de veinte años en el momento en que el porvenir se les ofrece como el logro de la dicha, pisotean las alegrías y vanidades del mundo exclamando: «¡Amo a Cristo!», y por amor a El que ha conquistado sus corazones de vírgenes, han abandonado todo por seguirle y le siguen a los claustros, le acompañan en la cabecera de los enfermos, le alivian en los pobres y le buscan y le cuidan hasta en las llagas de los leprosos...

«La vida religiosa, por tanto, no es una *evasión* de lo duro, de lo áspero del mundo..., no es de cobardes, sino de valientes que saben enfrentarse

con lo que es cobardía, defección, sucumbimiento de pasiones...». El amor divino es la explicación de todos estos hechos.

La verdadera vida religiosa, en la que he querido insistir (ya que el matrimonio es más bien inclinación de la naturaleza) es camino de abnegación y de sacrificio al que se debe ir alegremente y con valentía... y por lo mismo, a ti, joven, te diré: Reflexiona, pide consejo antes de encaminarte hacia él, porque sólo Dios puede pedirte ese sacrificio y darte las gracias necesarias para cumplirlo...

No hay que contentarse con una vocación dudosa...

El celibato o virginidad, que es una joya un honor de la Iglesia católica, no es sólo una renuncia de algo, como se ha dicho, sino también una entrega personal y total a Dios y a su obra en la tierra, y por esta entrega al apostolado y al bien de la Iglesia de Dios, se pospone todo lo demás. La renuncia para que sea aceptada por Dios debe ser enteramente *voluntaria, libre y exenta de todo egoísmo*.

La virginidad o continencia perfecta y perpetua no es una imposición, y debe ser aceptada y vivida por motivos sobrenaturales. La virginidad, como se desprende de la doctrina de Jesucristo y del apóstol San Pablo, no es de precepto, *es un consejo:* «No todos entienden este don, sino aquellos a quienes ha sido dado de lo alto...».

Los que se abstienen voluntariamente del matrimonio es para ser más gratos a Dios y entregarse a sólo El con corazón no dividido...

La persona que consagra a Dios su virginidad, dice Pablo VI al hablar del Celibato (N.º 72), ha

de sentir «no el peso de una imposición desde fuera, sino la íntima alegría de una elección hecha por amor a Cristo».

La persona que renuncia al matrimonio con ánimo de consagrar su virginidad a Dios, deberá tener muy presente que una vida de pureza exige estos medios tradicionales: Oración, mortificación, vigilancia de sentidos, devoción a la Virgen y huida de ocasiones.

Bienaventurados los limpios de corazón,
porque ellos verán a Dios.

INDICE

	Página
— El porqué de este libro	3
— El camino de la juventud	5
— Joven, no pierdas tu juventud	6
— La juventud pertenece a Dios	7
— La libertad en la juventud	9
— Jóvenes, corregid vuestros defectos	11
— Cualidades y defectos de la joven	13
— Formación de la voluntad	16
— Virginidad o matrimonio	18
— ¡Virginidad!	19
— Jesucristo y la virginidad	20
— Valor de una vida consagrada	21
— ¿Cómo hemos de entender la virginidad	22
— ¿Es posible guardar virginidad?	23
— Excelencias de la virginidad	25
— Consejo a las vírgenes	27
— Las relaciones y el matrimonio	29
— De la elección del cónyuge	29
— Finalidad de las relaciones	31
— Peligros del noviazgo	32
— Unos consejos a las jóvenes y a los jóvenes	35
— Preparación para el matrimonio	36
— ¿Qué es el matrimonio?	38
— El problema del matrimonio y de la virginidad	40
— La verdadera virgen	41
— La vocación religiosa	42

OTROS LIBROS DEL MISMO AUTOR

La Biblia Explicada (Para mejor entenderla)..................
La Biblia Ilustrada Compendiada..........................
La Biblia más Bella.....................................
La Biblia a tu alcance...................................
Curso Bíblico Práctico...................................
Catecismo de la Biblia...................................
Historia Sagrada o de la Salvación........................
Nuevo Testamento Explicado, con 4 índices: general, alfabético, teológico y errores de las sectas........................
Tesoro Bíblico, Teológico.................................
Evangelios y Hechos Ilustrados............................
Jesús de Nazaret...
Dios te Habla (libro bíblico)..............................
El Catecismo Ilustrado...................................
El Catecismo más Bello (Primera Comunión)...............
El Catecismo Conciliar, en 10 tomitos.....................
Tesoro del Catequista: Astete explicado....................
El Matrimonio (Preparación y cómo vivirlo)................
Bautismo y confirmación..................................
Catequesis Bíblicas.......................................
¿Existe Dios?..
¿Existe el Infierno?.......................................
¿Existe el Cielo?...
¿Quién es Jesucristo?....................................
¿Quién es el Espíritu Santo?..............................
¿Por qué no te confiesas?................................
¿Por qué no vivir siempre alegres?.........................
¿Seré Sacerdote?..
Para ser Santo...
Para ser Sabio...
Para ser Feliz...
Para ser Apóstol...
Para ser Católico Práctico................................

Somos Peregrinos
Vamos de Camino
Tu Camino (Vocacional)
Misiones Populares
De Pecadores a Santos
Pecador, Dios te espera
Joven, Levántate
Tu Conversión; no la difieras
Siembra el bien
Lágrimas de oro, o el problema del dolor
No pierdas la juventud
Siguiendo la Misa
Visitas al Santísimo
Hablemos con Dios (Visitas al Santísimo)
Dios vive entre nosotros (Eucarístico)
Las Almas Santas
Errores Modernos
Marxismo o Cristianismo
Doctrina Protestante y Católica

MUY IMPORTANTE

Todos estos libros se venden muy baratos en casi todas las librerías religiosas, y también se mandan por correo a reembolso si se piden a la siguiente dirección:

APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla